

25.
CORAZÓN DE JESÚS
HECHO OBEDIENTE HASTA LA MUERTE

Cor Iesu, usque ad mortem obædiens factum

P. Carlos Pereira, Sacerdote argentino
Misionero en Italia

Entre las múltiples características que podemos hallar en el Sagrado Corazón de Jesús, siendo todas ellas frutos exquisitos que exhalan de dicha infinita fuente de amor, encontramos la letanía que hoy nos toca comentar, que dice: «Sagrado Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte».

San Pablo nos describe con mucha precisión dicha obediencia. Afirma, en efecto: *Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz* (Flp 2,8). Esta obediencia significó una humillación para Jesús, para el Verbo de Dios que no tenía en justicia ninguna necesidad de morir, pues no poseía pecado, que es el verdadero causante de la muerte, y tenía aún menos necesidad de morir con una muerte ignominiosa. Es la segunda gran humillación del Verbo de Dios, después de la Encarnación, la cual consistió también en un gran acto de humildad: *tomando forma de esclavo*, como también afirma San Pablo (Flp 2,6).

En la Encarnación, como dijimos, se manifiesta ya la obediencia del Verbo, que se encarnó para hacer en todo y sobre todo la voluntad del Padre, como Él mismo lo dice, en esta frase que San Pablo, reconociendo el fundamento bíblico, atribuye al momento de la Encarnación: *Al entrar en el mundo, dice: Sacrificios y oblaciones no deseas, pero me preparaste un cuerpo; holocaustos y víctimas por el pecado no te fueron agradables. Entonces dije: 'Aquí vengo'; en el rollo del libro así está escrito de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad* (Heb 10, 5-7).

La obediencia del Verbo Encarnado se mostró también durante su vida: a sus padres durante su vida oculta, a las autoridades en aquello que

correspondía hacerlo, como aceptando el conjuro de Caifás, por ejemplo en Mt 26, 63-64, pero sobre todo en la Cruz, en aceptarla, en cargarla, en morir en ella. Es allí donde más notamos la grandeza y la profundidad del amor del Corazón de Jesús, que no es otra realidad distinta que la misma Persona de Cristo, Verbo hecho carne. «Allí se verificó el ofrecimiento que hizo al Padre en el momento de la Encarnación; allí la agónía que padeció en Getsemaní como consecuencia de la sublime oración, donde tantas veces repitió: *Que no se haga mi voluntad, sino la tuya*; allí la entrega que hizo de su vida en el ara de la Cruz sobre la cumbre del Gólgota. La obediencia es pues, una de las virtudes más características del Corazón de Jesús»¹.

La extraordinaria obediencia del Corazón de Jesús se muestra también en el modo en que ofreció plena satisfacción por nuestros pecados, o sea, en el modo en que pagó por ellos, porque esa era la voluntad del Padre, y por eso su sacrificio fue un acto de amor y de obediencia al Padre. Enseña Santo Tomás de Aquino: «Satisface por la ofensa el que devuelve al ofendido algo que él ama tanto o más cuanto él aborrece la ofensa. Ahora bien, Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, prestó a Dios un servicio mayor que el exigido para compensar todas las ofensas del género humano: primero, por la grandeza de la caridad con que padecía; segundo, por la dignidad de la vida, que en satisfacción entregaba, que era la vida del Dios-hombre; tercero, por la generalidad de la pasión y la grandeza del dolor que sufrió. De manera que la pasión de Cristo no sólo fue suficiente, mas fue sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano, según la sentencia de San Juan: *Él es la*

¹ RAMÓN J. DE MUÑANA, *Las letanías del Sagrado Corazón de Jesús*, El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1952, p. 437.

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, mas por los de todo el mundo (1 Jn 2,2)»².

Para nosotros es muy difícil penetrar en el misterio de la obediencia del corazón de Jesús, así como lo es penetrar en el misterio de su Amor, algo que nos supera completamente, que no tiene límites, pues su Corazón es el corazón de una Persona divina, que es Dios encarnado, y Dios no tiene límites. Ama sin límites, propone su amor sin límites, y podemos decir, por paradójico que suene, que el Corazón de Jesús es aquel que muestra al mismo Verbo-Dios obediente a los designios de Dios Padre, también sin límites. El único límite que pudo poner su Corazón, que también era humano, fue su misma muerte y muerte de Cruz.

Jesús nos enseña a hacer de la obediencia una virtud, una virtud total y globalizante, una virtud del hombre completo, una virtud positiva: no se trata de obedecer solamente a una o más órdenes, aunque eso no se excluye absolutamente, sino de obedecer como un acto supremo de entrega a Dios. Obedecer es algo que edifica al cristiano, que lo hace ser más cristiano, que lo hace ‘ser más’ y lo hace crecer como persona. Si dicha obediencia implica la inmolación total, como lo fue para Jesús, todavía mejor, ya que muchas veces la implica, como lo sabemos bien, y como muchos santos lo han mostrado en sus vidas.

Vivimos en un mundo y en una cultura, especialmente en Occidente, donde *obediencia* se entiende mal, se entiende como opresión, como negación, como algo que impide al ser humano ser tal. Se habla de emancipación de los hijos respecto a los padres, de la mujer respecto al hombre, de los individuos respecto a la sociedad y al estado, y por supuesto de todos respecto a la religión y a los deberes con Dios. Estamos

² SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, III, q. 48, a. 2.

viviendo una verdadera rebelión contra Dios y contra todo lo que Él ha creado: el hombre, la mujer, los sexos, la familia, la paternidad y la maternidad, el orden, la disciplina, el esfuerzo y todo lo que implica sacrificio y abnegación, y por supuesto, también contra la vida humana. Se nos propone, con fuerza, un anarquismo no ya político sino cultural y hasta biológico. No se tolera ni siquiera que el cuerpo sea tal, y que la naturaleza presente sus propias leyes y necesidades. Todo lo que presente un vínculo con el orden natural se rechaza, y ni siquiera se desea sentir hablar de orden natural. Es un verdadero asalto del maligno, quizás su asalto final, o al menos el más morboso de los que hemos conocido, pues quiere que los hombres y el mundo lo sigan e imiten su mismo espíritu anárquico y rebelde. El desorden y el caos por el caos mismo.

Al mismo tiempo, y como suele acontecer, los mismos que proclaman una rebelión sin límites son los que exigen una ciega y total obediencia a sus dictámenes, llevando a cabo una verdadera persecución contra los que se oponen. ¡Cuán tolerantes resultan con sus oponentes las feministas, los lobbies LGBT, los partidarios del aborto y de la ideología de género!, para dar un ejemplo. Algo similar lo encontramos incluso en el seno de la Iglesia: aquellos que reclaman libertad y cambio total en la doctrina y en la praxis pastoral y litúrgica católicas aprobadas por los Papas, son los que exigen la obediencia más absoluta a sus dictámenes, que obtienen a partir de una metodología que llaman ‘sinodal’, pero que no representa más que a grupos minoritarios y elitistas, movidos a menudo por un interés económico. No tienen ningún problema en condenar y reducir al ostracismo a los que se oponen a sus ideas peregrinas, negando la misma libertad que ellos reclaman para disentir.

De frente a tanta soberbia, falsedad e hipocresía, la humildad y la obediencia del Sagrado Corazón de Jesús se alzan como un muro protector,

para proteger y custodiar a todo aquel que quiera acogerse y refugiarse en sus llagas. Sólo un corazón infinito, pero llagado y herido como el de Jesús, puede dejar salir el fuego inquebrantable y abrasador de su infinito amor, para hacernos partícipes de él. Para hacernos partícipes pone una condición, de todos modos: desea que lo imitemos, que dejemos que se llaguen también nuestros pequeños y mezquinos corazones con la efusión de su Amor y que se refugien al amparo del suyo. Sólo así venceremos.

Pidamos al Sagrado Corazón nos enseñe la verdadera virtud de la obediencia, que nos enseñe a vivirla como Él la vivió, que nos enseñe a vivirla humildemente y como participación del infinito amor de Dios. Y pidamos especialmente que proteja a su Iglesia, en un momento tan difícil y crucial de su historia; pidamos por los que más sufren, por la paz, por los que mueren prematuramente o en guerra, por sus familias y por las necesidades del mundo entero. Así sea.